LA TRANSICION POLITICA EN JEREZ DE LA FRONTERA

LUIS GARCIA

Se me pide una pequeña colaboración para esta revista en la que deje constancia de mis vivencias e impresiones referidas a los últimos diez años de la historia de Jerez y aunque problemas profesionales de índole diversa me imposibilitan hacer un comentario reposado, que de serlo sería también más matizado, me presto gustoso a escribir estas líneas porque creo que no debe desatenderse el deseo de los responsables de la publicación de que el tema sea tratado en sus páginas desde una perspectiva pluralista, ya que plural es la realidad de nuestro entorno cotidiano y el tipo de sociedad en que vivimos los españoles de nuestro tiempo.

Y por ahí es precisamente por donde me gustaría empezar este comentario: Por como se ha vertebrado Jerez en esa sociedad abiertamente plural que es, tal vez, la característica esencial del mundo occidental. Todo empezó, pienso, por lo relativamente fácil que resultó en esta ciudad el proceso de lo que podemos denominar la normalización política. El tránsito del régimen político anterior al democrático en la forma en que ha tenido lugar es ciertamente un fenómeno común en el conjunto de España. Pero a mí, recién vuelto de unos años en Madrid, me pareció increíble encontrar en Jerez, y en gentes que no habían tenido la oportunidad de habituarse gradualmente al cambio político, lo que yo denominaría la ausencia del miedo a señalarse, del miedo a la involución. En efecto, me asombró enormemente que a nivel de una ciudad de provincias, tradicional y culturalmente no muy desarrollada, desde el primer momento quedase reflejado el pluralismo a nivel de siglas políticas concretas y a nivel de personas que no vacilaban en identificarse con ideologías y símbolos que eran ilegales muy poco tiempo antes. Ese afrontar la normalización política con total naturalidad —con la naturalidad, por ejemplo, con que se constituyó el primer Ayuntamiento democrático— me hizo ver que el cambio sociológico que yo había detectado en Madrid era algo que tenía carácter general en la sociedad española y constituía, por tanto, un hecho irreversible. Pienso que desde entonces los hechos han ido confirmando esta primera impresión. Debo decir, no obstante, que, a mi juicio, el proceso de normalización política, no ha sido completo en la sociedad jerezana después de diez años, pues se aprecia una falta de aprendizaje colectivo de lo que, en la asignatura que profeso, se denomina cultura política participativa. Lo cual es muy de lamentar porque como dijo Churchill, en política lo que no se consigue en cinco años, no se consigue nunca. Y así, de un lado se constata, que la cosa pública produce desinterés en la mayoría de los jerezanos con olvido de que el fundamento inatacable de las democracias occidentales es una vigorosa vida local, y de otro —no sabría decir si causa o efecto de lo primero— se aprecia que el ejercicio de la política ha supuesto en muchos casos la compensación a frustaciones profesionales o de otro tipo, con lo que de entrada queda condicionado por un cierto revanchismo sicológico al que se superpone la necesidad vital de mantener el «modus vivendi». No es este un problema aislado de Jerez, como todo el mundo sabe, pero sí es una desgracia que también aquí lo padezcamos. Todo ello produce un esquema confuso, a veces interesadamente confuso, que tiene como consecuencia el que el ciudadano sea sensible tan sólo a realidades tangibles y no tenga en cuenta hechos que políticamente serían muy graves en otros países de mayor cultura política. Se produce así un divorcio entre sociedad y política, aunque se vote y se elija de vez en cuando a los unos o a los otros —en el que los

ciudadanos llegan a considerar inevitables ciertas cosas que no lo son en absoluto. Yo creo que algo de esto ocurre en Jerez, porque casi todos aplauden actuaciones como las mejoras de los servicios generales que ha tenido la ciudad en los últimos años —y es lógico que así sea— pero nadie se cuestiona por qué, como y de qué manera se entierran —en el sentido casi literal de la palabra—cientos de millones en proyectos que luego se abandonan sin dar explicación alguna o cual es el motivo de que nos repongan tantas aceras que están bien. Siempre me ha llamado extraordinariamente la atención que en el ámbito privado el que se equivoca y pierde diez millones es, directa o indirectamente, objeto de sanción y que el político local —puesto que de vida local estamos hablando— que yerra en el uso de cientos o miles de millones acabará teniendo una calle con su nombre, si ha dejado atrás algunas cosas tangibles, entre otras, tal vez la nueva calle —o lo que sea— por bautizar. En esto, la normalización política de Jerez, que yo tanto aplaudo, se ha quedado en pañales, sin que a mí, particularmente, me haga feliz lo de mal de muchos...

Y como estoy escribiendo de calles y obras, creo que es lógico recordar aquí que tal vez lo que más acusa Jerez en los últimos diez años es que, en su transcurso, le llegó la hora del cambio de pueblo a ciudad. Yo creo que una de las cosas que más llama la atención al visitante esporádico de la ciudad —y suelo estar en contacto por razones profesionales con muchos de ellos— es la transformación impresionante de Jerez como realidad urbana. De un pueblo de casas bajas y barriadas aisladas, cuyo perímetro urbano terminaba todavía hace diez años en la Plata, el Mamelón, las vías del tren y la Alcubilla, o poco más en cada punto citado, se ha pasado a una ciudad moderna, casi europea cuando se ve lejos. Basta tomar el coche por la carretera de circunvalación para constatar que allí donde se veían campos y vacas pastando —incluso caballos en rueda de picadero— hoy se divisa una línea de edificios, que al claroscuro del atardecer se semejan casi a pequeños rascacielos. ¡Jerez con rascacielos! Suele ser la exclamación incrédula de quienes nos visitan después de algún tiempo y creo que la expresión sintetiza la transformación de la ciudad. Algo debe sonreir desde su tumba D. Tomás García Figueras que es, en la historia auténtica de la ciudad, quien «vio» por donde iban los tiros de su crecimiento. Porque sin un polígono de San Benito y su zona de influencia ya me dirán ustedes donde vivirían ahora más del 20% de los jerezanos, dónde se hubiesen ubicado los centros comerciales, piscinas cubiertas, Institutos y demás realidades concretas que el tiempo posterior nos ha traído.

Esta transformación de pueblo a ciudad de semáforos, amplias avenidas, pasos elevados, etc., se ha efectuado, y esto es algo de lo más curioso, en mucha mayor proporción de lo que ha crecido la población. Ya no es Jerez un pueblo de pocas casas donde habita mucha gente sino una ciudad con muchos, muchos edificios de pisos, lo que quiere decir que las familias jerezanas viven ahora físicamente mejor, con más espacio vital y privacidad. Este cambio ha sido espectacular y fruto de la elevación general del nivel de vida.

Se hubiese producido con o sin cambio político y constituye a mi juicio uno de los hechos determinantes del tercer punto al que quiero referirme y que es el cambio sociológico.

Pero antes y, ya que hablaba anteriormente del aspecto europeo de la ciudad cuando se la ve de lejos, quiero ahora referirme a lo deplorable que resulta a veces la visión de cerca. Mediterráneos al fin y al cabo, no hemos cambiado en las basuras, desechos y escombros que infestan amplios sectores de la ciudad y que nos dan un tipismo —incluso en los barrios llamados residenciales— que lejos quisiera ver de mí.